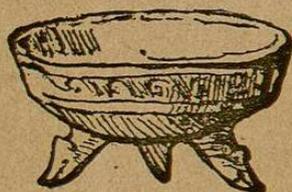


trata, sin adelantar deducciones, tan prematuras é injustificadas en muchos casos, cuanto difíciles de borrar de la general creencia, cuando por motivos, á veces inexplicables, entran á engrosar el curso de la corriente científica aceptada.

Dos conclusiones principales estamos, pues, dispuestos á defender; la presencia de cuatro razas principales de gentes pobladoras del Nuevo Mundo, en su época precolombina: primitivas castas inferiores; numerosísima población aborigen, la más genuina americana; invasión proto-asiática, portadora de la superior civilización, y esquimal moderna, correspondiente al grupo boreal, y, por último, como conclusión relativa á la cultura americana precolombina (realizada por la tercera de estas razas), que toda ella es un reflejo, una prolongación y derivación, de la alcanzada por las gentes asiáticas cuando su gran movimiento por el extremo oriental del Antiguo Mundo.



Adiciones y notas.



EXPUESTAS de modo sintético las ideas anteriores, creemos oportuno ampliar aún nuestro trabajo con la adición de algunas consideraciones y notas explicativas sobre los puntos más discutibles y, por lo tanto, más necesitados de apoyos que pueden resolverlos ó fortificarlos en determinado sentido.

Esto puede, á más de ilustrar con mayor cantidad de datos al curioso lector que hasta aquí nos haya seguido, servir también de guía é indicación para aquellos que deseen profundizar particularmente en tan variadas cuestiones, emprendiendo trabajos, correspondientes, ya á las distintas comarcas de tan dilatadas tierras, como á la especialidad de ciertas tribus.

Siguiendo, pues, el mismo orden que nos hemos impuesto en el curso de nuestro ENSAYO, comenzaremos por notar y ampliar algunos puntos sobre la antropología y etnografía americana.

I

Antropología y etnografía.—La cuestión más debatida en este terreno, es la del origen de los americanos.

Sobre el hombre fósil y las edades llamadas de la piedra y del metal, hay que reconocer, por parte de los autores americanos y redactores de las diversas partes del Catálogo general de la Exposición del Centenario, una prudencia científica digna del mayor elogio, al exponer los restos de las más primitivas gentes de aquel suelo. El hombre fósil fué exhibido y defendido sólo ante el hecho de la exposición de sus propios restos, relegando un tanto la prueba por el testimonio de sus industrias líticas, reconocidamente modernas en todo el suelo americano.

Los restos humanos sólo han aparecido, hasta ahora, en el terreno llamado *diluvium*, perfectamente caracterizado: á él correspondía el torso humano, expuesto en la primera vitrina de la Sección etnográfica de los Estados Unidos, y el cráneo fósil que lo acompañaba.

En los últimos números del *American Anthropologist*, aparece la noticia de osamentas fósiles cuaternarias, enviadas á la Academia de Ciencias de Filadelfia, desde Post-Kennedy, que resulta hoy uno de los más importantes yacimientos de aquella remota época.

La existencia del hombre terciario en la América carece hasta ahora de pruebas en su apoyo, pues la historia del célebre cráneo de Calaveras es hoy tan vulgar y sabida, que no hay para qué insistir en ella: ningún otro resto ha venido, ni remotamente, á demostrar la presencia del hombre en aquel suelo en tan lejana época, ni alguna huella de su industria lo delata en tal yacimiento.

El Congreso internacional de Antropología, celebrado en Chicago en 1893, trató, como era de presumir, muy extensamente del origen de los americanos, sustentando con este motivo muy contrarias opiniones.

El Dr. F. Boas presentó una Memoria sobre la *Antropología de los indígenas del Norte de América*, cuyas consideraciones propenden más bien al estudio de las existentes, fijándose con especialidad en los Pielos Rojas y en las causas de su desaparición.

Carl Luncoltz dedicó su atención á los *Cave Dwellers de la Sierra Madre*, y otros ilustres miembros del Congreso presentaron trabajos notables sobre las industrias y costumbres de los indígenas; pero el que principalmente dedicóse al estudio de los orígenes fué Mr. Brinton, sosteniendo, por cierto, la autotonia de aquellos hombres, con un calor tal, como si de propia cosa tratara: él ha dado en el Congreso la nota más decidida sobre los dogmas de la escuela que sostiene la originalidad y espontaneidad de todo lo americano.

No nos debe extrañar, pues, que Mr. Daniel Brinton, como buen norte-americano, hiciera valer este criterio desde su silla

presidencial, y concluyera su Memoria diciendo: «Yo mantendré, pues, que hasta el día de hoy, no he encontrado un dialecto conocido, ni un arte, ni una institución, ni un mito ó rito religioso, ni una planta ó un animal, ni un instrumento, un arma ó un simbolo en uso, al descubrimiento de la América, que hubiera sido antes importado del Asia, ó de otro continente del Antiguo Mundo». Tal rotunda negativa, no podemos considerarla sino cual la defensa desesperada de la última trinchera, que hay que ceder al fin á los enemigos científicos, que opinan de modo diametralmente opuesto. Tan cerrada opinión encuentra hoy á cada paso contradictores, especialmente entre los que persiguen el enlace lógico de los hechos y las leyes á que la historia se somete.

El distinguido Catedrático de Historia Natural, el Doctor D. Luis de Hoyos y Sáinz, autor de una notable Memoria, aún inédita, sobre el *Origen y emigraciones de los americanos*, premiada por la Sociedad Colombina Onubense, en el Certamen del 2 de Agosto de 1892, nos autoriza para publicar algunos de sus párrafos, que gustosos transcribimos. Aunque muy distinto su plan del que hemos seguido, antes de contradecir, corrobora de tal modo nuestras afirmaciones, que facilísimo sería un acuerdo entre su doctrina y la nuestra, presentando, además, muy detalladamente, las opiniones que obtienen al presente más valor científico, ilustradas con oportunas consideraciones propias sobre la materia; dice así:

«De intento no hemos citado antes las hipótesis del origen asiático de los americanos, y es porque nosotros trataremos de demostrar, que esta aserción entra en la categoría de los hechos probados. Humboldt ya señaló que la civilización de la América Central revelaba un origen asiático. Preschel afirmaba que los asiáticos habían ido al continente americano por el Estrecho de Bhering; Morton, Buffon y Tchudi, asignaron al tipo americano caracteres altaicos; Pikendorf consideraba como asiática una de las dos razas que admitía en América. Pero el que ha demostrado en absoluto el origen asiático de la mayor parte de los americanos, ha sido Quatrefages, fundándose, no sólo en los caracteres físicos y étnicos,

sino en el estudio de los viajes y naufragios, en las emigraciones y exodos de los mogoles y americanos. Pero aquí ya es preciso sujetarse á un método general de exposición, y así lo haremos, presentando primero las condiciones generales sobre la población americana y sus componentes, y estudiando después los datos que la prehistoria, el movimiento general ó particular de las poblaciones americanas y los datos que sus civilizaciones, lenguas y distribución nos demuestran.»

«Considérase la América como el brazo oriental del gran semicírculo que forman las tierras rodeando al gran Océano, y así resultan los montes de Alaska y los principios de los Andes septentrionales, como la continuación del Kanchatka y montes de Manchuria, interrumpida la continuidad por el estrecho de Bhering, que se abrió en el período plioceno, y que tiene tan sólo unos 40 metros de profundidad, teniendo en medio de su anchura las islas Diomedes. Actualmente la solución desaparece, y los continentes se unen en el invierno por la congelación del mar que los separa. Así explica Reclús, por qué los asiáticos no han necesitado descubrir América, pues que sus costas no llegan á perderse de vista, y así veremos la posibilidad del paso de un continente á otro, sin grandes navegaciones ni inconvenientes invencibles.»

«Distingue Quatrefages en América dos tipos fundamentales, los alofilos blancos y los amarillos, entrando sólo como esporádicos, y con una importancia muchísimo menor, los negros. Calcúlense las razas americanas como dando un total de 10 millones de individuos, aunque antes de la conquista debió ser mucho mayor, y así es de esperar (1) que se pruebe en el próximo Congreso de americanistas, al discutir los dos temas que sobre tan importante cuestión figuran en el programa de sus trabajos, siendo el uno el estudio de las «modificaciones que en la densidad de la población ha originado la conquista» y el otro «hallar la diferencia que en estos cambios ha existido entre la raza anglo-sajona y la latina». Pero actualmente el

(1) Desgraciadamente nada se hizo, por la casi nula importancia de los estudios antropológicos en ellos.

resultado es el señalado, y mientras las razas blancas, por ejemplo, con 507 millones de habitantes, ocupan un 22 por 100 del área habitada, formando el 42 por los del total de habitantes, y las mismas razas oceánicas tienen 27 millones en un área de 10 por 100, los americanos ocupan la enorme cifra de 29 por 100 del área total y representan tan sólo un 1 por 100 del número de habitantes.»

«Raza amarilla.—Las dos rutas que hemos señalado, la del estrecho de Bhering en el invierno, y la de las islas Aléuticas y su continuación, dieron paso á la raza de que tratamos, para poblar la América, pues los estudios de Bancroft, Proctor y Tarayre, completados por los de Quatrefages, sobre las navegaciones y naufragios de japoneses, y las mismas citas de nuestros historiadores, entre ellos Gomara, que asegura que en la época del descubrimiento llegaban varios chinos á California, nos prueban la existencia de otras vías, además de las señaladas.»

«Hoy se admite como seguro que los budistas enviaron misiones al país de Fou-Sang, y que éste no es otro que América, y así en el libro sagrado de los Quichuas, el Popol Vuch, que fué interpretado por nuestro Obispo Jiménez, y posteriormente por Bourboug, se ven analogías grandísimas con los textos chinos. Por otra parte, la gran enciclopedia japonesa, el Wa-kan-son-Toc-Dhon, describe este país del Fou-Sang ó América. Además, Parsoldan cita los Samballecos, pequeña tribu aislada del Perú, que habla un idioma muy análogo al Chino. Quatrefages hace notar la importancia de las relaciones directas de la China con los Peruanos, por si fueran estos pueblos amarillos los que llevaran allí el uso del bronce.»

«Las razas amarillas oceánicas han sido llevadas á América por la gran corriente del Kiro-Siwo, ó corriente negra, en primer término, y por las secundarias que suben hasta el mar de Bhering y se doblan por las costas de Alaska, ó en segundo lugar por la gran corriente que llega al Archipiélago de la Reina Carlota y se divide en dos: una que sube por todo el golfo de San Elías y el Alaska, y la rama mayor que sigue la costa hasta San Francisco de California, y allí se dobla en una

hacia las Islas de Therrain, y otra que baja hasta Acapulco, donde se ha señalado el naufragio japonés más meridional. Lenguas análogas á las del Japón existieron en toda la costa, por la cita que M. Tarayre hace de una embajada japonesa que se entendía con los indios de Santa Bárbara, por el vocabulario japonés formado por Brook con palabras indias, y por varios datos más, está hoy demostrado plenamente.»

«Hablemos ahora de la verdadera corriente de los amarillos en América, que no es otra que la del NO., pues por allí han ido llegando sin detenerse en sus primeros tiempos, antes de la geología actual, como veremos al tratar de la prehistoria, y limitados entre los Andes y el mar, se han ido extendiendo hacia el S., separándose sólo de esta ruta general cuando han llegado á un valle que les brindaba á permanecer en su territorio, ó cuando, por un azar cualquiera, se han introducido en algunos de los cañones de las Montañas Rocosas, que los han conducido á las grandes cuencas de los Estados Unidos. Esta marcha presenta, como con elegante lenguaje dice el Profesor de Antropología del Museo de París, crecidas y desbordamientos que han originado conflictos y choques, medios los más á propósito para originar esa multiplicidad de razas que complican la etnología americana.»

«Aún actualmente las razas amarillas ocupan en América casi todo el territorio del paralelo 60° arriba, pues en una de sus ramas, la Inuit, se encuentran en la América rusa reunidos á los Siberianos, excepto en la costa de Bhering y de Alaska. Además, toda la costa de Groelandia, Labrador, parte N. de los Grandes Lagos, etc., está habitada por estos Inuit, en dos grupos, el Tuskí, que tiene una familia asiática, la de los Clonkluques, y otra americana, la de los Matemates y el Esquimal ó Groelandes. También tiene la América otra raza amarilla, que es la fósil de Lagoa Santa, de la que ya trataremos.»

«Del Asia, al NO. de América, las emigraciones son reciprocas, pues si los aleutas de Alaska son asiáticos, los Clonkluques son americanos emigrados al Asia, y ambos pueblos costeros tienen analogías en su carácter físico, su

organización, su alimentación ictiófaga, su lengua, modo de navegar y tantos y tantos puntos de vista á que pudiéramos referirnos.»

«Los indios de la parte Norte partieron, según todas las probabilidades, de la Siberia en el siglo XI, y en su mitología se conserva la salida del país de las nieblas, frío y triste, y su peregrinación, hasta llegar al país de los castores, que fué su Meca, y de aquí el semiculto que profesan á tal roedor. Los Chipewais hablan de su punto de origen como un país nevado y frío; los algonquinos cuentan haber atravesado hielos flotantes y los Chichimecas del Sur afirman que sus aborígenes vivieron en cavernas oscuras y frías y que de allí partieron hasta que llegaron al país del sol, en donde Manko Capac fundó su reino.»

«En este género de investigaciones merece especial interés el itinerario hallado por Boturini é interpretado por Schoolcraft, según parece, con sujeción á las más exigentes reglas de la ermenéutica. Según dicho documento, los indios partieron de un país frío, donde se alimentaban de peces; atravesaron un canal helado é hicieron alto en los ventisqueros de Alaska, llegando por fin á países de luz y calor, á países de árboles, ó sea, al valle del Missisipi: según algunos, esta emigración duró de 1038 á 1224, pero en materia de cronología del nuevo mundo, toda sospecha tiene cabida.»

«Aunque al tratar de los caracteres físicos hemos de demostrar las relaciones y analogías entre asiáticos y americanos, no resistimos sin copiar aquí las gráficas frases del explorador de Nueva Bretaña Mr. Petitot: «Hay seguramente algo de Chino en el Esquimal. Ved ese tinte verduzco, esa cara ancha y redonda con ojos oblicuos y bridados, ese enorme vientre; notad esa cortesía afectada, meticulosa; observad, sobre todo, esa secreta insolencia, esa ausencia de miedo, esa falta de pudor.»

«**Razas blancas.**—De las cuatro ramas en que se dividen, la Alofila, en su grupo asiático-americano, es la que se presenta en América, en la parte S. de la costa de Nueva Norfolk y montes de San Elías, así como en los archipiélagos cos-

teros de Vancouver, Príncipe de Gales, Reina Carlota, etc., y como en una pequeñísima estación de la costa del mar de Bhering. Los cronistas españoles citan blancos, entre ellos Gomara, de la Vega, Valdez, Herrera y otros, en Perú, Méjico y otros puntos, uniendo algunos á este dato el uso por algunos pueblos de alfabetos ó signos de escritura, absolutamente desconocidos por los americanos, así como el relato de los indios, que atribuyen á blancos barbudos los restos de las civilizaciones anteriores á los Aztecas é Incas, aunque esto necesita gran aclaración. Estos blancos barbudos, así como los otros que citan varios autores, pueden, con gran probabilidad, asignarse á los Ainos del Japón, llevados hasta las costas de Colombia por la corriente negra.»

«Doble es el origen de los blancos en América, y á decir más exactamente, triple, pues tres puntos de origen tienen las emigraciones voluntarias ó forzosas que han llevado al suelo americano la raza. Una corresponde al Océano Pacífico, y es la que ya hemos señalado como Ainos; añadiremos tan sólo á lo dicho, que Buffon unia á tales hombres algunos de la bahía de Hudson y Labrador; que Dall los ha señalado en la bahía de Mórton; que los Nihuanis del pie de las Montañas Rocosas son asimilados á los mismos; que Scholcraft atestigua la existencia de los que los indigenas de la costa del Pacífico llaman los españoles salvajes, aunque éstos sean después de la conquista, pues antes mal podían compararlos con nosotros, si no nos conocían, y, finalmente Wiple garantiza la existencia en el paralelo 40° de las Montañas Rocosas de tribus blancas y barbudas.»

«El segundo elemento blanco es rubio y rosado y pertenece como el último al Océano Atlántico, de cuya parte Norte procedé. Sobre éste ya las noticias son más exactas y detalladas; conocemos, no tan sólo su partida de origen, sino los jefes que los guiaron y las fechas de su emigración. En el siglo VII conocían los marinos normandos las islas Orcadas, Feroes y otras afines del mismo. Un malhechor irlandés, llamado Erik el Rojo, guiado por los consejos de Gunoj que aseguraba ver las montañas cubiertas de nieve del nuevo mundo, marchó al

frente de algunos escandinavos en busca de aquellas tierras donde llegó, construyendo la primera mansión groelandesa que Nordesskiol cree sea la descubierta en el fondo de Igaliko. Posteriormente y sin interrupción, fueron llegando europeos, y Briant afirma lo más extraño, cual es que de tan heladas regiones recibía Roma diezmos y primicias por estar sometidos al catolicismo; y en 1261 el Rey de Noruega se posesionó oficialmente de la Groelandia. Ya antes de esta fecha se habían aventurado algunos á las costas del Labrador, y posteriormente á la de Nueva-Escocia; según afirman diversos autores, llamaron á aquella tierra Vinland, ó país del vino, donde se ha hallado una inscripción que se cree grabada por un irlandés; S. Stan, en su trabajo *Stadier over Vinlandreisern*, por datos sobre la duración del día y la presencia de la viña, coloca este Vinland en el Nuevo Bruensvick. Motivado probablemente por los excesos de los europeos, los indigenas, á quienes éstos llamaban Skiallinger, los atacaron y pusieron en fuga los pocos que no murieron. Raff ha reconstituido su dispersión, y con ayuda de otros datos puede casi afirmarse que á esta rama pertenecen los blancos de barba rubia que cita Charlebeoix; los hombres con barbas del golfo de Paina, de que habla Mortyr; los que Pyke coloca en el alto Mzonni; las tribus que Briart ha encontrado en los Andes; los hombres rubios de que hacen mención los mejicanos y los jefes blancos que nuestros compatriotas hallan en algunas de sus expediciones.»

«El tercero y último de los elementos de raza blanca, aunque afirmada su existencia y bien conocidos sus resultados, no presenta una historia tan detallada como el anterior; debido es esto á que, en general, no pueden, hoy por hoy, hacerse más absolutas afirmaciones, si no que fueron llevados á América involuntariamente, arrastrados por las corrientes del Gulf Stream los unos, y por la ecuatorial que se inicia en el Golfo de Guinea los otros. De lo dicho se deduce á qué países habian de pertenecer estos emigrantes blancos, correspondiendo á los semitas de la costa occidental africana y sus islas, y así vemos que no están desprovistos en absoluto de fundamento las teorías que suponían poblada la América por los blancos, gran-

des navegantes de la antigüedad, entre los que se contaban los Fenicios y Cartagineses. La posibilidad de su llegada se prueba, teniendo en cuenta que un falucho canario expedido con destino á España, arribó á la isla de la Trinidad en 1731, á consecuencia de alguna tempestad, y el navegante Alonso fué arrastrado por análoga causa á las costas del Brasil.»

«Respecto á las citas de los blancos, debidos á esta tercera manera de llegar, pueden hacerse las de las poblaciones que Colón halló en el Golfo de Méjico, que comparaba á los canarios, hecho muy probable, pues Mr. Verneau ha demostrado la identidad de las pintaderas ó sellos de las Canarias, á los hallados en México. Los Guarayos del Perú y Bolivia, población blanca de la rama antisana, pueden atribuirse con bastante certidumbre á estas emigraciones, y la corriente que se divide en el cabo San Roque, bien pudo dejarlos en las costas orientales, que ellos abandonaron para marchar á las occidentales. Combatiendo la opinión de D'Orbigny que atribuía al clima los caracteres especiales de coloración y trazos europeos de los Yucatecos y Guarayos, puede decirse que, si bien el color pudo modificarse por la vida en lugares sombríos, esta causa es más general que á otras tribus, y sin embargo, ninguna otra la presenta; pero lo que el clima no hizo, indudablemente, es variar los trazos de la fisonomía india, armonizar las facciones, hacer salir la barba, y una serie de detalles que dan á tales tribus un recuerdo completo con poblaciones europeas.»

«Es esta cuestión, actualmente, punto de debate y nuevas enseñanzas, que será preciso aclarar para esclarecer el origen de varias de las tribus subamericanas, y que en el terreno puramente hipotético, lleva grandes visos de resolverse por alguna influencia de sangre blanca.»

«**Razas negras.**—Sabemos ya el relativo escaso valor que estas razas tienen en América, y debemos advertir que también es doble allí su origen, correspondiendo á los dos Océanos y á los dos grupos generales en que se dividen las razas negras, al verdadero negro ó africano, y al negro oceánico ó Melanesio: en la llegada de ambas, actuaron las causas que hemos mentado tantas veces, las corrientes ecuatoriales del Atlántico para el

negro africano; es decir, las mismas que llevaron al blanco semita, y la contra ecuatorial del Pacífico que llevó á los negros de las islas Oceánicas á las costas occidentales de América.»

«Ocupan en el Nuevo Mundo las razas etiópicas puntos aislados muy restringidos, sin comunicación, al parecer, unos con otros, y así los hallamos en California, debidos á los Papuas, á donde llegaron partiendo de Nueva-Guinea, pasando por nuestras islas Carolinas y Palaos, subiendo á Sandwich y al trópico de Cancer, y terminando su viaje por varias ramas dispersas en California. La Perouse, y luego Porueis, nos han descrito los indios Chillales, Gallincones, Lecropios y raidos de California, como negros bien caracterizados por sus caracteres físicos, datos confirmados por los estudios craneométricos de Ten-Kate. Estos Papuas, llevados por las corrientes de México, se han internado por varios puntos de la costa, y así los vemos en los mapas de Wiple, entre los Pueblos, y el P. Garcés los halló en Juni á fines del siglo pasado. Por otra parte, Schoolcraft los ha visto en Sierra Nevada y mucho más al Sur: respecto á su antigüedad, debe ser mucha si hemos de dar crédito á la relación de un indio, que afirmaba que los hombres negros estaban allí cuando fueron los constructores de los pueblos.»

«La otra rama negra ó africana, venida por el Atlántico, se reconoce en la Florida, Guayana, costa del Brasil y Panamá. Según Gomara, Balboa halló en Darien negros comparables á los de Guinea, y posteriormente se ha visto que su lengua es aglutinante y análoga á las africanas. Los Caribes negros de la isla de San Vicente son hoy perfectamente conocidos. Los Jancanes de la Florida conservan el color y porte, el encrespamiento de los cabellos, y los actuales Delavares se distinguen aún de sus vecinos los Seminolas, y el retrato de uno de sus jefes demuestra bien claramente su sangre negra. Los Charruas del Brasil, y aun los que se dirigieron al Perú, sólo conservan el color como recuerdo de su origen. Debemos mencionar el caso único de formación de un Estado por los negros, ocurrido en el siglo XVII en el Brasil, donde un bien organizado Estado negro fué destruido por los portugueses.»